

ACIAGA RELACIÓN



CARLOS ENRIQUE ABURTO MUÑOZ

Aguja Literaria

ACIAGA RELACIÓN

Carlos Enrique Aburto Muñoz

Aguja Literaria



PRIMERA EDICIÓN
Octubre 2022

Editado por Aguja Literaria
Noruega 6655, dpto 132
Las Condes - Santiago - Chile
Fono fijo: +56 227896753
E-Mail: contacto@agujaliteraria.com
Sitio web: www.agujaliteraria.com
Facebook: Aguja Literaria
Instagram: @agujaliteraria

ISBN: 9789564090436

DERECHOS RESERVADOS
Nº inscripción: 2022-A-9195
Carlos Enrique Aburto Muñoz
Aciaga relación

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático

Los contenidos de los textos editados por Aguja Literaria son de la exclusiva responsabilidad de sus autores y no necesariamente representan el pensamiento de la Agencia

TAPAS

Imagen de portada: Andrea Baratella - Sam Williams
(Pixabay)

Diseño: Josefina Gaete Silva

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)

Capítulo 1

El basquetbolista

Fue en la cárcel donde me contaron esta historia llena de sentimientos y recuerdos hermosos. Creo que su protagonista tenía un corazón muy tierno y un alma muy sensible, a juzgar por su singular manera de sentir. Tenía, digo, porque todo esto es historia ya acabada.

Siempre iba con mis compañeros de secundaria a jugar *baby-football* o básquetbol al gimnasio municipal en nuestras horas libres o los fines de semana, cuando había hora para arrendar. Cuando no, nos íbamos al gimnasio de la comisaría, porque teníamos compañeros que eran hijos de carabineros, así es que nos dejaban jugar en él sin ningún problema.

Fue en uno de esos días de la fiebre basquetbolística en que lo conocí. Recuerdo que nos faltaba un jugador para hacer un partido y decidimos jugar así, con uno menos. A nuestro equipo le tocó quedar con cuatro, y así comenzamos el juego. Ya habíamos jugado un buen rato, cuando apareció por el gimnasio un muchacho de casi nuestra edad o un poco mayor. Vestía ropa ligera y calzaba zapatillas. Al parecer venía preparado para jugar. Fui yo quien les dijo a mis compañeros que aquel muchacho podría participar en nuestro equipo. Todos aceptaron y así terminamos el partido.

Milton, que así dijo llamarse, era bastante bueno y, a decir verdad, fue por él que ganamos el partido aquel día.

Al terminar el encuentro, nos fuimos a las duchas y él también fue con nosotros, pero no se duchó. Solo se lavó las axilas y el rostro. Después se secó con su polera y se sentó en una banca del camarín.

Eduardo destapó unas bebidas que traía en su bolso y nos invitó. Bebimos con ansiedad y nos sentimos

reconfortados. Realmente, habíamos transpirado mucho y estábamos exhaustos y casi deshidratados.

Milton se quedó con nosotros en el camarín. Los muchachos se pusieron a hacer bromas y a contar chistes para relajarnos un poco. Nadie pareció interesarse mucho por él, aparte de preguntarle su nombre y de hacerle notar su habilidad y puntería con el balón, pero él solamente se limitaba a sonreír y a agradecer con humildad.

Cuando todos estaban concentrados en las bromas que hacían, me acerqué a él y le pregunté qué hacía allí en la comisaría, o si era hijo de algún carabinero. Me contestó con una sonrisa amarga que estaba preso desde hacía unos tres meses más o menos y que pronto lo cambiarían a la cárcel; eso dependía de cuándo llegaría su condena.

Me sentí muy sorprendido con su historia y me interesé en ella, así es que comencé a preguntarle los pormenores. Parecía molesto por mis preguntas, así es que corté mi interrogatorio.

—Está bien —le dije—. Estarás harto de preguntas y quizás no quieras hablar del asunto.

—No, no te preocupes —replicó—. Sí, es verdad que hablar de esto me deprime mucho, pero también, de algún modo, me fortalece pues, al contarla, creo sentir mi causa como algo fuera de lo común y ese algo singular, ese algo fuera de lo común —repitió— me llena de fuerzas y, lo que al parecer es locura para muchos, llego a sentirlo cuerdo y razonable en mi corazón.

Al escucharlo, noté que no estaba conversando con un joven común y corriente, sino que estaba al frente de alguien distinto. Quizás, frente a un intelectual o algo por el estilo.

—Me gustaría contarte mi historia, amigo —me dijo—. Te juro que te gustará mucho. Posiblemente te sirva de material para escribir algo: el argumento de alguna novela por ejemplo...

Nos reímos un poco, pero él se contuvo y terminó su risa en un fruncimiento de cejas que lo puso serio.

—Cierto, amigo. Si quieres vienes uno de estos días y te la cuento completa, antes de que me lleven de aquí.

Me sentí entusiasmado y contesté:

—¡Claro, si tú quieres!

Los muchachos del grupo ya salían y me preguntaron si ya me iba.

—Sí, ya me voy. Esperen...

Algunos ya se habían ido; otros, salían y agitaban las manos en señal de despedida.

Nos fuimos de allí con el resto que quedaba. Con Milton quedamos en vernos el día de la visita. Me dijo que nadie iba a visitarlo, ya que su familia no vivía en Chiloé, y solo a veces iba la señora de su pensión a dejarle algo de comer.

Seguramente, se refería a su antigua pensión, pues se encontraba preso desde hacía meses.

—¡Ah! También vienen unos amigos ahora —dijo, marcando el “ahora” con un poco de desazón.

Más tarde explicaría el significado de aquella frase, cuando me dijo:

—Pensar que tengo muchos amigos y ninguno venía a verme al comienzo. Claro, seguramente muchos de ellos embarcados, quizás, en los prejuicios sociales y otros porque en los meses de verano se van a sus casas y no vuelven sino hasta marzo, cuando se reanudan las clases. Pero igual sé de algunos que me odiaron y me odiarán mucho por esto.

Capítulo 2

La cárcel

Volví el día de visita como habíamos acordado. El guardia me dijo que ya no estaba allí y que se lo habían llevado a la cárcel. Supuse que le había llegado su condena y le pregunté si por eso lo habían cambiado. Me contestó que, de ahora en adelante, todos los presos estarían en la cárcel y que solo los sospechosos y los ebrios estarían allí por unos días.

—Ya todo se está normalizando. Lo de Milton Ferreira todavía queda para rato —me dijo sonriendo.

Entonces pregunté si en la cárcel había visita aquel día.

—Claro —me dijo—, hoy es domingo—. Consulté mi reloj y, como este me viera, agregó: —Todavía alcanzas a visitarlo, si quieres.

Eran las tres veinte de un domingo lánguido y monótono de comienzos de abril. Lánguido, digo, pues los rayos solares llegan muy débiles en estas fechas y la vida pareciera que palpita con menos fuerza a medida que se acercan las frías estaciones de otoño e invierno en esta zona austral.

El taxi me dejó a la entrada del recinto carcelario. Como en todo pueblo chico, el chofer me conocía y me dijo:

—No me digas que tienes a algún familiar preso.

—No seas chismoso —le contesté.

—¡Ah, disculpa!

—No, no te preocupes, vengo por otra cosa.

Había mucha gente dentro visitando a los convictos. Busqué a mi amigo Milton entre los grupos esparcidos por doquier y allí, en medio del patio, conversaba con alguien,

un interno, creo, mientras fumaban, para ellos, un preciado cigarrillo.

Me acerqué y lo llamé.

—¡Ah, sí! —dijo sonriendo, un poco sorprendido—. Permiso. —Le dijo a su compañero y vino a mi encuentro.

—¡Hola! Pensé que te habías olvidado...

—Como ves... aquí estoy —le dije, haciendo un gesto que indicaba que estaba preparado para escucharlo.

Le mostré una pequeña grabadora que traía conmigo y que le había pedido a una compañera del liceo.

—Está bien, pero ya no tenemos tiempo casi. ¿Hagamos lo que podamos hoy, ¿ya?... Bueno tú sabrás como ordenarlo —sonrió y luego me hizo pasar a una recámara que consistía en una amplia sala llena de libros.

—Es la sala de clases —me dijo—, y la biblioteca a la vez... siéntate, por favor. —Ambos nos sentamos y como quedó pensativo comencé a preguntar lo que se me ocurrió primero. Quise saber de su familia, de sus padres, en fin...

—Mi familia —me dijo esta palabra con un tono de fastidio—. No me hagas hablar de ella mejor...

—Pero, qué pasa. Debo saber de ella también, ¿no crees?

—Ah sí claro... Bueno, te diré que me considero sin familia. Mis padres se separaron hace algún tiempo, un poco antes de que cayera preso; quizás sería por eso que actué así, no lo sé. A veces no quisiera creer en eso, pero la verdad es que todo se juntó. Desde hacía dos años más o menos tenían muchos problemas. Solo se ocupaban de mí en lo mínimo; me enviaban dinero, digo mi padre, porque lo que es a mi madre, creo que nunca le importé.

Cuando recién pasó todo esto, estuve en el hospital. Allí vino a verme y lloró mucho, pero después ha venido una sola vez. Lágrimas de cocodrilo, ¿me entiendes? Quizás la juzgue mal, pero ha sido mala madre conmigo. Es posible que su nuevo compañero no la deje venir.

De mi padre te diré que me ha venido a ver tres o cuatro veces. Cada vez que lo hace, viene a regañarme por

lo que ha gastado conmigo y que no supe aprovechar. En fin, poco apoyo de su parte, y ahora parezco estar olvidado por ambos. Además, tengo una hermana casada en la octava región. Creo que debe saber de mí, pero no se ha aparecido... Ya ves, estoy solo.

—¿Ellos viven en el campo? —le pregunté para calmar su creciente tensión emocional.

—Sí —me dijo—, tenemos unas cuantas hectáreas de tierra que mi padre trabaja con mucho esfuerzo, ayudado de algunos empleados.

Mi padre es un hombre sencillo, como todos los campesinos, de buen corazón. No tuvo mucha educación, razón por la que se esmeraba en que yo estudiara, para que alguna vez fuera otra persona y no un campesino ignorante, como me decía él, cuando estudiaba en el liceo. Al campesino siempre se lo mira en menos —me decía—, en cambio a una persona con educación, no, aunque gane poco dinero.

Yo siempre he pensado que mi padre quizás tenga razón, pero para mí una persona vale por lo que es como persona y no por lo que tiene. Lamentablemente, lo material es lo que pondera en esta sociedad, pero la sociedad está equivocada. La gente se embarca en los convencionalismos sin darse cuenta y se convierte en materialista, y se olvida de los valores fundamentales del ser humano y de su condición de ser espiritual. Es hacia lo espiritual que debemos evolucionar para llegar a ser seres más centrados y coherentes, superiores a nuestra actual condición.

Ahora que he estado solo por un tiempo prolongado, me he dado cuenta de muchas cosas. Alguien dijo que la soledad es el imperio de la conciencia y fue profundo en su meditar. La soledad es para el alma lo que para la naturaleza es la primavera. Se torna inmensamente tierna cuanto más se sumerge en el mar de la soledad. Es entonces cuando sus pozos se hacen tan profundos como la dimensión del universo.